

ESTÁBAMOS a orillas de un río. No corría ni el más leve soplo de viento y el cristal de las aguas estaba tan terso y limpio como podría estarlo el de una charca de aguas estancadas y quietas. Los álamos de la otra orilla se reflejaban en el río como en un espejo lo más terso y liso.

— Cualquiera diría — me dijo — que ni un momento es la misma agua la que sustenta esa imagen; que el agua se va y el retrato de la alameda se queda. Es el sueño lo que permanece; es el soñador el que se va.

— Vete a saber — le dije — si es el agua la que sueña esa imagen o si es la imagen la que sueña el agua. Vete a saber cuál es el continente y cuál el contenido...

Nos callamos los dos un instante y hasta cerramos los ojos para mirarnos hacia dentro, hacia el caudal de nuestra conciencia. Y los volvimos a abrir aterrados y los clavamos en el retrato de la alameda como para salvarnos de la corriente del tiempo. Al poco rato mi amigo dijo:

— Este río, como todos, tiene una personalidad, tiene un carácter. Y tiene una vida desde que nace allá, en la sierra, hasta que va a perderse en el otro río que va a la mar. De niño salta y brinca y juega y forma cascadas; luego se sosiega, aunque de vez en cuando se despeña, otras veces se remansa...

— Pero, ¿quién le da su personalidad al río? — le dije o me dije a mí mismo aunque dirigiendo a mi amigo la palabra. — ¡El agua, no! El agua de este río es como la de los otros ríos, unas veces turbia, otras clara. Los ríos no se distinguen en general por la calidad de sus aguas, los ríos se distinguen por su cauce, por sus orillas, por el continente y no por el contenido.

— Como nosotros los hombres — me replicó.

— Es cierto; lo que llamamos la forma es el verdadero fondo; lo que llamamos la forma es lo que queda. El contenido es el que pasa...

— Pero es que el fondo se le llama al lecho del río...

— Sin embargo el agua es el espíritu. Sin agua no hay río...

— Yo diría más bien que sin cauce, sin lecho, sin orillas, no hay río. El agua es lo de menos. Hay ríos secos. Y una rambla, una torrentera en seco sigue siendo un río...

— Sí, un río muerto...

— Que es a su vez un río posible. Mientras que las aguas de una charca, de un pantano sin desagüe, no son un río, ni muerto ni posible. Y yo no sé qué es mejor, si ser pantano sin desagüe, de poderosas aguas quietas, o ser río en seco, cauce sin corriente de aguas...

— Qué es mejor... No lo entiendo. Además una cosa es mejor o peor según para qué...



CAORZOS

POR

MIGUEL

DE

UNAMUNO

Pero te entiendo. Y no quiero ponerme a pensar en ello...

— ¿Y esos regatos de nuestros campos que en verano se secan a trechos y quedan en su cauce, acá y allá, separados y rotos, pequeños charcos que son como cuentas de un rosario al que se le ha perdido el hilo que las ensartaba?

— ¿Los que aquí llaman caorzos?

— Los mismos. Esos pequeños charcos, esparcidos a lo largo del pedregal del lecho del río muerto me han sugerido siempre inquietantes reflexiones. Y he pensado que mientras el río vive, o sea mientras sueña, mientras corre por su cauce el caudal de las aguas en esas

hondonadas del fondo hay aguas quietas, aguas que permanecen las mismas, y sobre las que resbalan las otras, las superficiales.

— También hay caorzos en el alma... — dije.

Estaba muriendo la tarde y la luz del sol al irse derritiendo se agarraba a las aguas del río.

— ¡Mira, mira esa estrella cómo brilla en el agua! — exclamó mi amigo.

— Es el lucero que se refleja en ella...

Y acaso esa imagen baja hasta el fondo, hasta unas aguas quietas, aguas de un caorzo, y se diluye allí y allí se queda diluida... ¡Dios sabe lo que guarda el fondo del río!

Nos iba invadiendo una común melancolía. Y la melancolía común es mucho más honda que la que separadamente pueden abrigar dos o más hombres, la que es como un fondo de ambos, como una conciencia de comunidad melancólica, es la que más cala, es la que de veras queda.

— No hay más que un agua — dijo mi amigo rompiendo el silencio y reanudando la corriente de nuestra meditación mutua.

— Que va a la mar y en la mar es amarga.

— Pero esa amargura le ha sido, durante siglos de siglos, de la tierra. La sal de esa amargura no brotó por entero del lecho del mar; es sal de la tierra, de los lechos de los ríos, de sus cauces...

Cuando nos levantamos del césped de la orilla en que estábamos rendidos, era ya de noche. Reinaba sobre el río un silencio nocturno. Sólo mirando a las estrellas — no había luna — y viéndolas parpadear, antojábasele a uno que más allá del sonido, en el silencio, cantaba algo.

— ¿Y si las estrellas fuesen caorzos? ¿Caorzos de luz? — murmuró mi amigo.

Miramos al Camino de Santiago, a la Vía Láctea. Y pensamos — *copensamos* más bien — ambos en las aguas quietas de la luz del fondo de la vida universal.